

un libro y un problema

NO es en exceso frecuente el hecho de publicarse entre nosotros un libro sobre música con pretensiones de resumen general y hasta de pequeña enciclopedia. Por ello, la aparición de «El arte musical y su evolución», de Charles Albert Reichen editado por «Paraninfo», tenía forzosamente que despertar el interés y hasta la lógica avidez de quien, apasionado por un problema, ha de estar condenado eternamente a media ración del mismo.

El libro, a la vista del título, quiere dar una panorámica general, lo más amplia posible, de la línea histórica evolutiva que ha presidido la música, y ello no sólo para el lector iniciado, sino, sobre todo, para el que poseyendo una cultura en otros campos, se halla frente a la música en relativa indigencia, caso por desgracia más que frecuente.

Hemos de empezar diciendo que, pese a esta buena intención, tal fin no está logrado sino a medias y no precisamente por falta de información, sino más bien por un detalle al que vamos a dedicar el presente trabajo y que es de primera importancia para quienes quieren vivir la música desde su momento, esto es, con un criterio actual y no puramente hedonista. Este detalle es la desvinculación de hecho que el estudioso de la música suele sufrir con respecto a su entorno, desvinculación que le hace hablar con torpeza de problemas que no sean específicamente suyos. Reichen ha escrito un libro claro, ameno y de un evidente poder divulgador, cualidades todas ellas positivas y de primera importancia, pero no ha sobrepasado el nivel de estudioso, para alcanzar la visión general encuadradora de una época, a través de la cual poder explicar la música, no sólo en lo que es como técnica, sino entendida como sentido general, correspondiente a un determinado momento histórico y humano.

Este detalle, frente a un libro que sin duda es uno de los que más seriamente se ha propuesto terminar con el desarraigo cultural de la música, es por demás revelador y nos obliga a examinarlo más de cerca, para ver hasta qué punto se impone una cuidadosa revisión a fondo de la manera de enfocar el hecho musical en general.

Resumiendo, diríamos que el músico y con él el musicólogo, participa en muy escasa manera de la vida general cultural que su país ha producido. Se ha dicho que el músico que no sabe sino música, no sabe ni músicas, y nada hay más cierto. Si a la creación musical la privamos de su raíz general, esto es, de su entorno social, político y cultural, apenas si queda una pura mecánica de un lado y la escapada sentimental de otro. Pero por curioso que pueda parecer, en una gran mayoría de casos, así se ha hecho en mucha parte de libros sobre música que en el mundo han sido, son y serán, y aún cabría decir que incluso la crítica de arte en general apenas si comienza a salir ahora del equívoco en que había vivido sumergida, al servicio de las más variadas y contrapuestas ideologías, para intentar aproximarse a un examen lo más efectivo posible de su realidad total, esto es, de una realidad que no puede ser sólo ella misma, sino ella con sus motivos y entorno, con su antes y, si es posible, su hipotético después. El análisis histórico —que, por otra parte, pide un previo concepto de lo que historia es, y a su vez una determinada visión del nexo causal que ha motivado un determinado momento o momentos— se manifiesta como indispensable y fundamental para el adecuado juicio de lo que la música ha supuesto y puede suponer en el presente. Y esto es justamente lo que ha faltado: el compositor y el musicólogo, salvo las siempre honorosas excepciones, no han visto la obligatoriedad de tal nexo, pensando que era posible explicar la música desde ella misma como si fuera una creación humana al margen de todo.

La razón, a nuestro juicio, está clara: la música requiere para su producción física una serie de medios económicos como, salvo el teatro o el cine, no los precisa ningún otro arte. Dichos medios se ponen al servicio de un acto cuya brevedad y sentido perecedero están en evidente desproporción con los gastos que acarrea, gastos que, por lo abstracto de la materia a la que sirven, apenas si podrá soñarse sean recuperables. Con todo ello queremos decir que la música está siempre en inferioridad de condiciones para competir en cuanto a independencia de horizontes con respecto a las otras artes. Esto supone a su vez una limitación clara en cuanto al monopolio de su producción: la música puede llegar a ser sólo lo que quieren que sea quienes la pagan, y la música es querida por quienes la pagan como un puro divertimento. Estos son, hoy por hoy, un grupo privilegiado de una determinada clase social que ve en ella, no tanto un motivo de placer cuanto un acto de afirmación de su propia conciencia de ser distintos a aquellos que no alcanzan a disfrutar de tal manifestación artística. Con este enfoque, si lo damos por bueno, serán imposibles dos cosas: primera, un cambio, ya que quien tal sienta no podrá aceptar un desplazamiento de situación puesto que tal cosa llevaría aparejada la palpable demostración de la falsedad de su postura; la cultura musical es absurdo pueda considerarse como perteneciente a una clase; segunda la imposibilidad de adquisición de una conciencia al mismo tiempo musical y viva de quien esté inmerso, aceptándola, en tal situación, ya que la creación musical se le aparecerá por fuerza con un criterio hedonista, de signo bien sentimental, bien instintivo, aunque nunca racional, como no sea para justificar una situación «a posteriori», con lo cual será racional sólo a medias.

Así podemos explicar en parte —ya que evidentemente no pretendemos agotar el tema— una de las razones que en unos tiempos que van desde mediados del pasado siglo hasta el presente actualísimo, han movido a la literatura que sobre la música se ha hecho de forma marginal respecto al contexto general de la cultura y de la sociedad que la vio nacer. Esto, naturalmente, no se aplica por igual a todos los países, pero sí con particular fuerza al nuestro y a varios otros. Con ello una vez más se llega a algo inmensamente viejo, pero muy pocas veces aceptado: la estrecha dependencia económica que la creación artística supone y la imposibilidad de separar una realidad concreta musical de sus condicionantes físicos, aun cuando éstos fueran ignorados por quienes los padecen de forma objetiva. Mientras no desaparezcan tales condiciones, será muy difícil y siempre tendrá un signo polémico cualquier actividad que tenga como fin el incorporar a la música y su estudio dentro del marco que la actividad humana general proporciona.

LUIS DE PABLO

soluciones generales

LA situación problemática del desarrollo económico español ha ocupado reiteradamente el espacio de nuestra sección. La importancia que en el momento actual revisten estos problemas no es necesario subrayarla. Lo que viene a probarlo, es que la práctica de la discusión teórica se acentúa y enriquece conforme los fenómenos se desenvuelven.

Los principios de un desarrollo equilibrado exigen planteamientos muy amplios, y a su vez muy concretos, sobre los diferentes sectores de la economía nacional. En este sentido, los problemas del desarrollo agrícola reclaman las más rigurosas medidas planificadoras, de las que hoy, por desgracia, se carece. No pasa un día sin que la prensa diaria no recoja, de una u otra forma, el creciente malestar que se instala en el campo español. Las declaraciones del señor García Bódell, y del propio ministro de Agricultura y las intervenciones de los agricultores en la última Asamblea de la Hermandad de Labradores y Ganaderos han dejado patente el fenómeno. Las estadísticas del Ministerio de Agricultura lo confirman. La renta agraria —agricultura, ganadería y pesca— ha descendido en 1964 en un 11,9 por ciento. La producción agrícola ha experimentado un descenso del 15,5 por ciento. Las inversiones realizadas en el sector agrario han descendido a 7.953 millones de pesetas, mientras en 1963 se invertían 9.270 millones. Junto a esto, ha disminuido considerablemente el consumo de fertilizantes, y, asimismo, la matriculación de tractores alcanzaba tan sólo el 30 por ciento de las previsiones en el Plan de Desarrollo.

A la luz de estos hechos —y dado el desarrollo industrial de los últimos años— el desnivel entre los sectores primario y secundario de la economía española aparece acrecentado. Una expresión de este proceso es la acentuación progresiva en las diferencias "salariales" que el desarrollo industrial y las reivindicaciones a través de los Convenios Colectivos ponen en evidencia. Según el Instituto Nacional de Estadística, el salario medio durante 1964 era de 28.733 pesetas anuales en el sector agrícola. En las industrias fabriles, de 47.772 pesetas anuales. En la Minería, de 56.632 pesetas. En el sector de Electricidad y Gas —donde la composición orgánica de capital es mucho más alta—, el salario medio alcanzó 66.084 pesetas anuales. En la Administración Pública, 104.384 pesetas.

En estas circunstancias la emigración campesina —que en 1964 afectó a más de 250.000 trabajadores del campo— es un proceso lógico. Se abandona una situación por otra superior; al menos, a nivel de un desarrollo histórico prácticamente definido. Este proceso exige una planificación básica racional, que no se da cuando las cifras globales de emigración superan en gran margen a las propias provisiones del Plan de Desarrollo. La utilización de la mano de obra en la industria está ligada al desarrollo técnico, con el cual una cualificación y preparación del trabajador resulta indispensable. Ahora bien, la mano de obra que proviene del sector agrícola carece generalmente de esa condición "sine qua non". De ahí que, lógicamente, no se dirija al sector industrial técnicamente avanzado, sino que vaya a nutrir las filas de un sector intermedio, reagrupándose en torno a la construcción, que sólo en el último año ha aumentado sus efectivos en más de 80.000 trabajadores. En este sentido, el salario también viene fijado a niveles intermedios, señalando el I. N. E. un salario medio de 37.260 pesetas anuales.

La situación de la agricultura que antes comentábamos, no ha impedido que en otros sectores se desarrolle la economía a ritmos relativamente altos a partir de 1961. Sin embargo, la industria, en su expansión, ha necesitado esta "crisis agrícola". Es un fenómeno que viene repitiéndose en muchos países. La industria, el gran capital industrial, parte de una situación de privilegio en relación a los restantes sectores económicos. El importante desnivel entre precios pagados por los agricultores y precios agrícolas, da fe de estos hechos. En breve plazo de tiempo una situación prácticamente equilibrada entre los grandes intereses industriales y agrícolas, se ha desmenuado, inclinándose decididamente en una dirección. Las diferencias y contraposiciones se acentuarán progresivamente. Cuando el agricultor debe comprar maquinaria a precios que generalmente se escapan del marco de la competencia, está redistribuyendo su propio "excedente económico".

Así, íntimamente ligados al crecimiento económico, hábilmente mantenidos en la industria, se presentan otros fenómenos. La "crisis agrícola", la emigración, el alza de precios, los incrementos del turismo... y el propio desarrollo industrial, son hechos que, al venir estrechamente relacionados, definen y clasifican el proceso. De esta forma, en ningún momento pueden ser válidas soluciones parciales. Sólo soluciones generales que abarquen y relacionen entre sí todos los aspectos más o menos contradictorios del sistema, pueden ser probadas y afirmadas por la práctica.

ARTURO LOPEZ MUÑOZ